

Una gota se radicó en un país con nieblas. Vivía en una mansión afrancesada de tres pisos construida en lo alto de un farallón, incongruente y señorial. Instaló un telefoto en su escritorio en el último piso y desde ahí, aislado, con batín de tartán y tres pipas en la boca, mirando el revoloteo de las olas, manejaba sus empresas e inversiones financieras que cubrían el mundo. Ninguno de sus muchos empleados en oficinas de las grandes capitales sospechaba siquiera que el genio al que obedecían era una gota. Lo sabían extravagante, lo sospechaban misántropo, quizás con una veta de locura. Había adoptado un sistema de comunicación en base a imágenes, un sistema eminentemente antieconómico porque utilizaba decenas de miles de imágenes para significar cada palabra (y aun así menudeaban las confusiones); las decodificaban computadoras. Dada la naturaleza confidencial de sus mensajes, el método se justificaba por razones de seguridad, pero no era más que una excusa: su verdadero propósito era enmascarar el supremo inverosímil de que un gran financista fuera una gota de aceite renacentista.

No todas las gotas adoptaron modos de vida tan caprichosos, ni vivieron aventuras o invenciones tan memorables. De hecho, la mayoría se adaptó al estilo medio del mundo, al conformismo escéptico de la mayoría, a las pequeñas satisfacciones domésticas o profesionales, a la rutina acomodaticia. Sus sueños eran los de todos, sus opiniones recaían en el fondo común. Y cuando tenían que votar (porque la democracia avanzaba por el mundo) se preguntaban, como nos preguntamos todos, cuál era el sentido último de la vida.

Todas las gotas eran la Gioconda, y ninguna lo era. La diosa submarina

del Louvre ya no existía, ni en el Louvre ni en ninguna otra parte, y sin embargo se reflejaba en las mil memorias de la memoria de una humanidad sin ilusiones, pero no sin imágenes. El dejó su sala del corazón de todos los seres, humo sin llama, flor sin fruto. En el mundo (el cálculo ha sido confirmado) no hay dos personas que estén separadas por más de seis conocidos. Vivos y muertos pueden hacer por igual de eslabones. Y la ley de la entropía social hace que la cadena se acorte siempre. La tendencia irreversible es hacia el reconocimiento. Las explosiones demográficas son implosiones. Va a llegar el momento en que un solo hombre, el contra-Adán, se cruzará consigo mismo y se encontrará idéntico, "como dos gotas de agua", o mejor dicho como una sola.

Una gota se quedó a vivir en la Argentina, el país de la representación. Adoptó el nombre muy argentino de Néldo y se dio al trabajo de encontrar novia. Para cualquier otro habría sido cuestión de horas. A él, que era tímido, torpe, sin conversación, le llevó años, y pasaron los años y no lo logró. Parecía haber una maldición, una mala suerte, pero ni él podía ocultarse que la suerte, buena o mala, había quedado atrás. Iba a todas las fiestas o reuniones donde lo invitaban, a locales bailables, a yoga, a un taller de pintura, a marchas y procesiones, buscaba desesperadamente, casi como un perro con la lengua afuera, sabía que a la ocasión había que atraparla al vuelo, que todo podía depender de un instante y para ello afilaba su atención, propiciaba su espontaneidad, ensayaba su simpatía. Y no es que no fuera sincero, todo lo contrario. Lo deseaba, y más que desearlo lo necesitaba, y cuando otro día había transcurrido sin quebrar la porcelana divina de su soledad, la amargura del fracaso le contraía su minúscula alma de gota.